

MONTE ABAJO



Monte abajo

¡Poético y oculto retiro de Collbató, es preciso despedirse de tí!

Con llanto de pena en el corazón ya que no en los ojos — quién sabe si en los ojos también — te doy mi adiós último, enterrando en tus humildísimos límites una realidad vivida; inscribiendo en el tristísimo registro de mi memoria un recuerdo más.

Adiós, acaso para siempre, modesto cuartito al que venía á despertarme taza de chocolate en mano y lenguaje catalán en boca la joven y robusta payesa quien, no digo hablando catalán, siendo muda, hacíase entender de cualquiera con el alegre y picares-

co hablar de sus ojos; adiós blanca azotea donde me asomé multitud de veces para contemplar el primer desperezo del sol y me recosté cientos de ellas contemplando el romántico pasear de la luna; adiós árboles que me brindábais con vuestras ramas inclinadas hacia tierra por el peso del fruto manjares y sombra; adiós pinares silenciosos entre los cuales se oxigenaban mis pulmones y se deleitaba mi espíritu; adiós fértiles montecillos que anunciáis como pajes trajeados de verde la presencia augusta de Monserrat; adiós miradores de piedra que presentan el Llobregat como una cinta y Monistrol como un juguete; adiós sitios y personas y días representantes para el hombre que se despide de vosotros de una época de placer y de calma; ¡adiós para siempre!... Ahí quedáis. Que otros os posean y os gocen.

¡Adiós!, exclamo por última vez; y tomo el camino de la montaña con pasiva firmeza de soldado que obedeciendo la imperiosa voz de su jefe se echa el fusil al hombro y abandona el alojamiento en que descansó del último combate, y sigue avanzando sin saber donde le espera el enemigo, ignorando donde le tocará morir!...

A mi derecha quedan *Las cuevas*, dibujándose como enorme calavera blanca sobre el

plano gris de la roca; á mi izquierda está Collbató remedando sobre los peñascos un nido de halcones.

Los matorrales que bordean nuestro camino acaban por ocultar á mis ojos uno y otro espectáculo. Collbató se ha desvanecido; sólo queda de él mi guía, embajador con alpargatas y con blusa que viene á dejarme en las fronteras de su reino.

Poco á poco van apareciendo ante mí las grandezas todas de Monserrat: San Jerónimo con su cresta dominadora enseñoreándose de la montaña; San Juan con el almenado irregular de sus picachos; las plazoletas alfombradas con flores azules, rojas y amarillas; las espantables cortaduras que provocan á buscar la muerte; los misteriosos bosquecillos que invitan á perpetuar la vida; alturas inmensas cuyo fin tropieza en el cielo; abismos insondables hacia los cuales ruedan los pedruscos produciendo ecos sordos, cada vez más apagados y más tristes; angosturas graníticas donde el hombre, mejor que andar, tiene que deslizarse con aplastamientos de reptil; planicies calvas que el sol transforma en desierto africano; vegetaciones de manigua; paisajes infinitos entre los cuales y dominándolos á todos, surge como una excrecencia de la roca, como un pólipa adhe-

rido á la carne dura de la montaña, el Monasterio.

No me detengo en él; no curioso los grupos que ocupan plazas; ni siquiera dirijo una mirada última á la cueva donde Garin el asceta fauno fué llevado, por excesos de castidad á excesos de bestia...

El ferrocarril de cremallera aguarda en la estación, agarrándose á los rails con sus ruedas y sus dientes de acero; la campana anuncia la hora de marchar; los viajeros suben á los coches; yo estrecho la mano de Peret y el tren comienza á deslizarse cuesta abajo con marcha mimosa de reptil.

Y el sublime paisaje vuelve á ofrecerse ante mí vista, no como lo ví desde San Jerónimo, en conjunto, sino poco á poco, porción á porción, cacho á cacho.

Primero las crestas grises, las cabezotas coronadas de musgo que desafían al cielo cara á cara; luego el camino que á la gruta de la Virgen conduce; después el valle con sus plantaciones verdes, con sus pueblecillos repartidos sobre la llanura como polladas en escarbo; con su río que culebrea entre canastillos de flores... Todo aparece y desaparece y vuelve á aparecer mientras el tren continúa su marcha de reptil, hacia abajo, siempre hacia abajo, y se cruza con otro tren que

sube; y entra silvando por un túnel y se detiene en una estación y sigue su viaje hasta que se apodera del llano y entra por él, para descubrirnos de golpe, sólo que invertido, presentado de abajo arriba, el panorama que San Jerónimo ofrece desde su observatorio:

Canigó, el monte cantado por Verdaguer sobre cuya cima flota aún el manto argentino de Flor de Nieve; las montañas de Huesca, ciclópea mano que une á Cataluña con Aragón y á Francia con España; todo aparece ante el viajero; desde las cúspides del Pirineo que tocan extranjera tierra, hasta las estribaciones de la costa donde se recuesta Barcelona, la ciudad engrandecida por el obrero y gozada por el patrono...

A Barcelona voy, á confundirme de nuevo con los hombres que pelean por el porvenir, con los hermanos que luchan por conquistar su redención, á sentir con ellos, á combatir con ellos. Ellos son quienes á medida que el tren se retira de Monistrol, crecen y adquieren proporciones titánicas, mientras Monserat se desvanece en los límites del horizonte, como una niebla...

YENDO Y VINIENDO

Al Sol



Al Sol

Los tres edificios se alzan en la vasta llanura, limitada por el mar y una cordillera.

El más próximo es una casa de labor. Unido á ella por los tapiales del jardín, se descubre un hotelito de paredes amarillas y persianas rojas.

El que se yergue junto á las arenas de la playa es un bodegón, anteportado con cuatro vigas puestas en pié y una caperuza de mimbres.

El otro edificio, el que se apoya contra la montaña, es un centro industrial. Su chimenea vomita humo gris. Otras manchas de humo, asomando entre los repliegues de la sierra, anuncian fábricas invisibles.

Estamos en un medio día de Julio. El mar parece inconcluible plano azul; las espumas que lo salpican, repujaduras cinceladas en plata. Los trigos, ya resecos, tiéndense á lo largo de la llanura como áureo tapiz que las copas de algunos arbolillos bordan con rose-tones verdes. Pulimentos de acero son las vertientes de la sierra; tocas virginales sus cúspides, amasadas con nieve; los terrenos eriales, extendidos cerca de la fábrica, montones de ceniza, restos de seres vivos, sobre quienes vuelca el sol despiadadamente los rayos de su lumbre.

El calor abrasa la atmósfera. Las aves lo esquivan guareciéndose entre las ramas de los árboles; los cuadrúpedos lo hacen debajo de las matas; los insectos, en las florestas; los reptiles, en las rajás de los pedruscos; los peces, en el fondo del mar.

Ningún canto conmueve el espacio; ningún rumor las hierbas; ningún aleteo los surcos; ningún zumbido el aire; ningún coletazo las aguas. La Naturaleza y los seres que de la Naturaleza dependen, sufren la modorra del medio día. El astro rey, solo en el centro del horizonte, sacude sobre la tierra el polvo dorado de su luz...

La sala del campestre hotelito, con sus ventanas entornadas, para que tamicen el

aire y no dejen pasar el sol, ofrece placidísima escena.

Sentado frente á su escritorio, apila duros y escribe aritméticas cifras el dueño de la casa; de cuando en cuando interrumpe su labor con objeto de apurar un sorbo de Vermont. Semicáida en una mecedora y mal envuelta por un peinador de batista, está la esposa de aquel hombre, haciéndose aire con un abanico. Una muchacha da quince años y un jóven de veinte secretean, junto á una ventana, su casorio. Dos chiquillos, desnudos de pie y brazo, se restriegan contra las baldosas; un gato zarpea en los pliegues del cortinaje, y por la puerta que cede paso al comedor, descúbrese la mesa preparada para el almuerzo.

El hombre que hace números, la señora que se abanica, los jóvenes que se enamoran y los niños que juegan, son los amos de la llanura. Cuanto ella produce les pertenece. Ricos, felices, sanos, á cubierto de las privaciones y del sol, aguardan la hora de comer para llenar sus estómagos y dormir la siesta.

Bajo el cobertizo del bodegón inmediato á la playa, un sujeto, que cubre su cabeza con ancho sombrero y viste americana y pantalón de hilo, descansa en frailuno sillón, colocado junto á una mesa, y aguarda la comida

que humea en el horno y la siesta con que le brinda un cacho de vela, sujeto, á manera de hamaca, por los sostenes del cobertizo. También apila duros y escribe aritméticas cifras; también apura á sorbos una copa de Ginebra y un vaso de agua.

Este hombre es dueño de las lanchas que practican en aquellos límites oficios pescadores. Los peces son buenos tributarios para él; su escuadrilla no es perezosa y el mar le asegura una renta pingüe. Rico, feliz, sano, á cubierto de las privaciones y del sol, espera la vuelta de sus barcos.

En el despacho del jefe de la mina (es una mina el centro industrial adosado á la cordillera), están el director de la Empresa y el principal de sus accionistas. El segundo viene de oficio, girando una visita de inspección.

Acodados sobre la mesa de escritorio y refrescando sus carnes con auxilio de ventiladores eléctricos, los dos individuos conversan, interin les preparan su almuerzo en un lujoso comedor, donde se alinean botellas de Burdeos, de Champagne, Cognac y Jerez y esparcen sus aromas frutas recién traídas del huerto.

El accionista principal es casi amo del centro minero, y obtiene, por obra de una

industria que apenas conoce, enormes beneficios. Rico, feliz, sano, á cubierto de las privaciones y del sol, recuenta billetes, hace números y apura á sorbos una copa de ajeno, aguardando la hora de almorzar y el momento de tumbarse á la larga.

¡Minutos llenos de calma, de dulzura y de placidez los que preceden á aquel medio día!

La Naturaleza reposa; los pájaros se ocultan entre las ramas de los árboles; los cuadrúpedos bajo las matas; los insectos sobre las flores; los reptiles en las hendiduras de las peñas; los peces en el fondo del agua; los hombres en el fresco asilo del hogar. Todo es paz y recogimiento en la tierra; todo pereza en el cielo azul, no manchado por nubes.

Todo reposa... ¡Todo, no! Allí, en la llanura, entre el áureo tapiz de los trigos, agitanse, yendo y viniendo como los émbolos de una máquina, multitud de seres encorbados sobre las espigas. Son segadores, criaturas que trabajan al sol, regando con el transpirar de sus cuerpos las espigas de oro.

Aquellos seres no descansan. Mientras el amo de la heredad apila duros y suma beneficios, mientras la dueña se abanica y los jóvenes se enamoran y los niños juegan y el

gato se afila las uñas, los segadores, igual las mujeres que los hombres, los viejos que los mozos y los mozos que los chiquillos, doblan sus cuerpos hacia la tierra caldeada y esgrimen las hoces y amontonan los haces y andan y trajinan debajo del sol, amenazados por la asfixia que ronda sus pulmones y por el tabardillo que se cierne sobre sus sesos.

No; ellos no descansan, no pueden. Si cae uno con el rostro amoratado y la sangre hecha hoguera, ya habrá quien lo conduzca hasta la casa de labor; sus compañeros tienen que seguir degollando espigas. No; esos no descansan.

Tampoco descansan los tripulantes de las embarcaciones que se columpian en el mar, los que tiran las redes y suben á cubierta el cargamento vivo esperado por el hombre del sombrero ancho bajo el cobertizo del bodegón.

No; esos no descansan, no pueden. Con sol abrasante ó con lluvia heladora, con los temores de la galerna en Julio y Agosto, con los del temporal en Diciembre y Enero, realizan su tarea peligrosa y ruda.

Si un día las olas arrebatan á un hombre de la lancha y lo arrojan sobre la arena de la playa, en la playa hay mujeres que lo reco-

jan y recen por él. Los otros tienen que seguir luchando con el mar.

No; esos no descansan en los medio días de Julio; como no descansan los obreros que, debajo de tierra, cortan el mineral; los que lo transportan por homicidas galerías; los que lo purifican en las fundiciones; los que lo absorben en las cámaras condensadoras.

Esos no descansan tampoco; no pueden. Si un minero cae al fondo de un pozo; si se abrasa con las llamas de un horno; si se envenena en las profundidades de una cámara, mineros hay que le sustituyan. Los otros tienen que seguir asfixiándose y abrasándose y envenenándose.

No; esos hombres, á quienes no pertenece el trigo que cortan y la pesca que recogen y el mineral que extraen; esos hombres que perciben por su enorme labor míseros jornales, no descansan; no descansaban en aquel medio día de Julio; trabajaban bárbaramente, mientras sus dueños, los llamados á disfrutar el producto de tales trabajos, holgaban á la sombra, á cubierto de las privaciones y del sol, en el hotelito de persianas rojas, en las oficinas de la fábrica, bajo el cobertizo del fonducho.

Esos hombres no descansaban; trabajaban en aquel medio día de Julio á la hora en

que las bestias huyen el calor de la atmósfera, y los pájaros se guarecen entre las ramas de los árboles, y los cuadrúpedos debajo de las matas, y los reptiles en las quebraduras de los peñascos, y los insectos en los repliegues de las flores y los peces en el fondo del mar. Hora ígnea, en que el astro rey, solo en el centro del horizonte, sacude contra la tierra el polvo dorado de su luz.

Nubes



Nubes

La luz del sol, filtrada por anchos nubarrones, se une á los remolinos de polvo que fabrica el viento, para formar un cortinaje gris, con auxilio del cual, desdibuja la distancia de edificios y seres.

Tras este cortinaje aparecen el real Palacio y las reales Caballerizas; mole enorme el primero, dentro de la que podría albergarse cómodamente un barrio; cuadra inacabable la segunda, donde un centenar de brutos come bien y se resguarda del calor, mientras cientos de criaturas humanas desfallecen de hambre y se ahogan respirando bocanadas de lumbre en los poblados y campiñas. Más cerca, los árboles y macizos del Campo del

Moro asoman, por entre las verjas de hierro, como cautivos á quienes sólo desde lejos se puede saludar. Más cerca aún, las primeras casas de la calle de Ferraz, las habitaciones de los ricos, los hoteles, las viviendas de construcción lujosa, muestran cerrados puertas, postigos y balcones, en prenda de que sus dueños los abandonaron libremente y fueron á otros climas en busca de estivales frescuras. Los timbres del tranvía, agitando el sueño de los obreros que duermen la siesta, me causan la impresión de despertadores; el romper del aire contra las ramas, la de quejas faltas de consuelo...

Yo marcho calle arriba, distrayéndome en seguir el vuelo de las golondrinas, que van y vienen á ras de tierra, seguras de no ser molestadas por nadie, gracias al papel de últimas aguadoras de Cristo, que la tradición, escudo de estos y otros pájaros, les concede. Los gorriones, que picotean recelosamente el estiercol, ni amparados ni santificados por la tradición, son perseguidos por los muchachos á pedrada limpia.

Calle arriba voy, pensando en un sin fin de tonterías: en la formación del nuevo ministerio; en la postdata de Sánchez Guerra, que nos hace llorar de oficio la muerte del Pontífice y reconocer el tremendo alcance

social y político de *El trueno gordo*; en la sorpresa del marqués de Portago, al enterarse de que en el Ayuntamiento madrileño puede hoy un alcalde hacer cualquiera cosa menos oponerse á los pucherazos electorales de Noviembre; en la sabiduría del gobernador de Zaragoza, quien, cerrando un Círculo de trabajadores, acaso haya imaginado contribuir á la solución del problema obrero, y ha procedido como aquel sugeto que, molestado por el chorro de vapor de una máquina, cerró todas las válvulas para que el vapor no saliese, y salió él volando por los aires; en el despacho de algunos personajes, los cuales se quejan de no merecer la gratitud pública, con la misma razón con que se quejaba de mí una excelente amiga que, al regreso de un viaje, me invitó á visitarla en su nueva casa y se dejó dentro del tintero las señas; en... ¿A qué mayores pruebas de la insignificancia de mis pensamientos? También ellos se difuminaban torpemente bajo la indecisa ola gris que lo envuelve todo.

De pronto, al volver una esquina, que transforma la decoración de calle rica en decoración de calle pobre, acaba con mis necios pensares el espectáculo de varios muebles tirados en mitad del orroyo, de una mujer que solloza junto á los muebles, de cua-

tro chiquillos que se agarran á las faldas de la mujer, y de un hombre que tan pronto mira á la mujer y los muchachos con amor y angustia, como al cielo con desesperación y con ódio.

El cuadro no puede ser más vulgar. Se hacen á diario muchas copias. Es un desahucio. Un inquilino que no puede pagar los alquileres al casero; un casero que echa mano de la ley y pone en la calle al inquilino; unos balcones con papeles y una familia sin hogar.

¡Qué remedio! El casero hace bien. No tiene él su inmueble, que le ha costado miles de duros construir y sigue costándole miles de pesetas sostener, para que lo habiten de balde. Si sus inquilinos carecen de recursos porque no hallan trabajo ó por otras causas, si no pueden satisfacerle los alquileres, que se vayan con la música á otra parte. Ni él es culpable de que ciertas cosas pasen en este mundo, ni es tampoco el llamado á ponerles remedio.

El casero ha hecho perfectamente. No pienso en él. Su imágen cruza por mi cerebro de un modo rápido. La imágen que se ha apoderado de mi cerebro, para entristecerle y sugerirle frases mudas de indignación, es la imágen ofrecida por aquellos muebles ti-

rados en mitad del arroyo, por aquella familia sin hogar, por la mujer que llora, por los niños que la contemplan, por el hombre que mira á los suyos con angustia y al cielo con ódio.

Los muebles son escasos, pobres, propios á los medios y necesidades de personas humildes. Uno á uno, poco á poco, en fuerza de penalidades y privaciones, los llevaron á su hogar la mujer y el hombre, como las aves llevan las pajas á sus nidos, para calentar con ellas el amor de los grandes y el recién vivir de los pequeños.

Allí están esos muebles ahora, en mitad del arroyo; allí está la mesa de pino, en torno de la cual tomarían padres é hijos asiento para repartirse la diaria alimentación; allí está la cama de hierro, donde dormían y soñaban y amaban y hacían planes para el porvenir la mujer y el hombre; allí las cunas, donde fueron juntos tantas veces á recoger las sonrisas ó á enjugar las lágrimas de sus criaturas. Allí estaban las briznas, amontonadas sobre el nido que resguardaba á aquellos seres del viento y de la lluvia, de la nieve y del sol. Allí estaban, esparcidos en mitad de la calle, los pedazos del nido, que sus constructores, arrojados de él por la miseria, contemplaban desesperadamente, sin

saber cuándo ni dónde podrán rehacerlo.

Yo imagino todo el calvario sufrido por aquella familia antes de resignarse á la dolorosa y terrible expulsión. Veo á la mujer empeñar sus prendas una á una; veo al hombre ir en busca de trabajo; le veo solicitar después en clase de limosna lo que el trabajo le negaba, y veo, por fin, á los dos abrazar angustiosamente á sus hijos, bajar la escalera despacio, muy despacio, llegar á la calle y permanecer en la calle todos como estúpidos; ella sollozando, él maldiciendo y los niños agarrándose temblorosos á los vestidos de la madre.

Los veo; y pienso que es horrible que la organización social condene á los hombres á lo que la natural organización no condena á los animales: á quedarse sin nido, á no tener donde esconder su amor y donde empollar á sus crías.

Pienso en ello; y sigo marchando calle arriba, y doy vuelta á una esquina; y veo á dos guardias civiles que conducen camino de la Cárcel Modelo á un hombre esposado; y vuelvo otra esquina, y nuevamente se ofrecen á mis ojos, envueltos por una nube gris, los hoteles de la calle de Ferraz, cerrados por el veraneo de sus dueños; y los árboles y macizos del Campo del Moro asomándose

como cautivos á las verjas doradas; y el real Palacio, dentro del que podría albergarse cómodamente un barrio; y las reales Caballerizas, donde un centeñar de brutos comen bien y se resguardan del calor, mientras cientos de séres humanos desfallecen de hambre y se ahogan en las campiñas y poblados respirando bocanadas de lumbre.